

AL PUBLICO.

El UNIVERSAL se publica todos los dias á las siete de la mañana.—El precio de suscripcion es de *dos pesos* en la capital y *dos pesos dos reales* fuera de ella franco de parte.—La administracion está establecida en el despacho de esta imprenta, adonde deberán dirigirse todas las comunicaciones, reclamaciones, &c.—La correspondencia deberá dirigirse *“A LOS EDITORES DEL UNIVERSAL,”* franco de parte, sin cuyo requisito no se sacará del Correo.—Unicamente se insertarán los comunicados de interés público; los de interés personal solo se publicarán por suplemento.—Se insertarán anuncios á precios convencionales.—Los números sueltos se venden á DOS REALES.

EL UNIVERSAL.

MEXICO, MAYO 1.º DE 1850.

DOCTRINAS DISOLVENTES.

Quando alguna vez hemos escrito éntera las tendencias del socialismo y comunismo, mas bien lo hemos hecho para manifestar los delirios de la época y prevenir en su contra los ánimos de los mexicanos, que por temor de que tales absurdos encontráran sectarios en el país. Hemos notado, en efecto, que algunos escritores públicos han pretendido dar á conocer, y propagar entre nosotros, las doctrinas del moderno socialismo: tal fué la intencion de un periódico que durante algunos meses salió á luz en Guadalajara; tales parecieron las miras de los que en esta capital fundaron y defendieron una sociedad que ya acabó; y no parecen ser otras las ideas de algunos periódicos que todavía existen, y que claman por *una nueva distribución de la propiedad*, al paso que predicán *la anarquía de las conciencias*, como la última perfección á que aspiran las sociedades.

Creimos que todos estos amagos y todas estas tentativas no eran mas que el parto de algunas imaginaciones delirantes, los aislados é impotentes esfuerzos de algunos visionarios, que sin la menor esperanza de lograr su objeto, únicamente aspiraban á hacerse célebres por medio de la originalidad. Varias razones teníamos para pensar así, y estas razones, que alguna vez hemos apuntado por incidencia, no podían ocultarse á los mismos propugnadores de tan extravagantes doctrinas. Parecemos que las grandes privaciones y las miserias de las clases proletarias, la superabundancia de brazos y la escasez de recursos, la necesidad de trabajo y la ingratitud ó la carestía de la tierra, son las causas que han dado al socialismo numerosos sectarios en algunos pueblos de Europa; siendo de advertir que han sido precisos muchos años de inmoralidad y relajacion, muchos

años de profundo malestar y de quebranto, para que grandes masas de hombres civilizados abandonáran los principios eternos de la justicia y los imprescindibles sentimientos de la misma naturaleza, para abrazar unos sistemas, que lo destruyen todo en el orden religioso; en el social, en el moral y en el político.

Un suceso, que aunque insignificante en sí mismo, puede sin embargo ser de fatales trascendencias, ha venido á revelarnos que la predicacion de estas doctrinas disolventes ha empezado ya á producir entre nosotros sus amargos frutos. En otra parte de nuestro periódico publicamos hoy el párrafo de una carta de Guadalajara, en el cual se refieren los pormenores de un tumulto verificado allí por los operarios de una fábrica de rebozos; y esa relacion es en extremo alarmante, porque ella indica que los enemigos de la tranquilidad pública han logrado infiltrar el veneno de sus doctrinas en el corazon de nuestros pacíficos trabajadores.

Algo de esto indicamos al hablar de la sociedad de artesanos establecida últimamente en Guadalajara; y aunque no nos atrevimos á echar inmediatamente la culpa de aquel escandaloso acontecimiento, á los fundadores de la tal asociación, es muy de notarse que haya tenido lugar un motin de esta especie en la ciudad donde empezó á publicarse el *Socialista*, donde se han dejado verter alarmantes especies contra los ricos y los propietarios, donde se ha fundado una sociedad basada en los principios del socialismo, y donde se ha visto á ciertos hombres ilusos y obcecados, explicar al pueblo, si bien con cierto disimulo, las deplorables máximas de aquel sistema.

Es muy triste que la capital de Jalisco, la segunda ciudad de la República; por su riqueza, por su comercio, por su industria, por su ilustracion, se haya dejado engañar antes que ninguna otra de nuestras poblaciones, por las utopias insensatas de unos cuantos visionarios. Y decimos esto, no porque toda aquella hermosa ciudad esté alucinada con las ideas de los nuevos regeneradores, sino porque le está muy mal, siendo como es, la poblacion mas importante del país, despues de México, haber consentido que en su seno se diéran á la multitud tan perniciosas lecciones: Creemos que sus autoridades son responsables, hasta cierto punto, de los males que han causado hasta ahora, y de los que aun pueden sobrevenir; y si por menosprecio de las mismas doctrinas desorganizadoras, dejaron de tomar contra ellas las providencias que eran necesarias, no dudamos que á la vista de ese fatal resultado, se mostrarán mas solícitas para adoptar los correctivos indispensables, castigando severamente á los perturbadores.

A pesar de este hecho, que debe ciertamente llamar la atencion del gobierno general y del de Jalisco, todavía no consideramos como una cosa indispensable, el combatir sería y formalmente las ideas de socialismo y comunismo, que asoman la

cabeza en la República, y de cuyos resultados ha dado triste muestra el tumulto de Guadalajara. Basta el sentido comun, basta la simple razon, con tal que no esté enferma, para conocer que aquellos sistemas no solo producirian la total ruina del orden social, sino que su adopcion haria indefectiblemente que el mundo retrocediese á la barbarie. Pretender destruir todos los principios, todas las ideas, todos los sentimientos que hasta ahora han guiado en su marcha á las sociedades humanas; querer desterrar del mundo la religion, la propiedad, la familia; aniquilar todos los cimientos en que descansa el orden social, para dar á los pueblos una organizacion nueva, basada en una pasion inoble, en el egoismo; es una locura, es un desatino que salta á los ojos de cualquiera. Pues esto es lo que intentan los socialistas y comunistas: en lugar de la religion, de la ley, de la autoridad, ponen como único vínculo de su estravagante organizacion social, una fraternidad ilusoria, que en sustancia no es otra cosa que un sórdido y bajo egoismo. Solo los que se ven dominados por esta pasion, podian aceptar la vergüenza de quitar á la religion su prestigio, á la ley sus fueros, y sus derechos al trabajo. Porque es preciso tener presente, que cuando hablan de distribuir bien la propiedad, de organizar convenientemente el trabajo, quitan á este sus derechos: vedados sino; cómo claman incesantemente contra los ricos; cómo si el trabajo de los ricos no fuera tan sagrado como el de los otros, ó como si su riqueza no fuera el fruto de ese mismo trabajo.

Desengañense los que se alucinan con esas utopias: los intentos de los que quieren realizarlas, son ridículos y al mismo tiempo atroces. Ridículos, porque pretenden hacer de la tierra un paraíso y de los hombres una dichosa familia, empleando para ello los medios mas á propósito para que el mundo sea un caos, y cada uno de los hombres un enemigo implacable de sus semejantes. Atroces, porque arrojando en medio de los pueblos el venenoso cebo de una felicidad imposible, los hacen correr en pos de una quimera, hasta que dan en el abismo. Estamos viendo lo que pasa en la culta Europa, los arroyos de sangre que han corrido, los crímenes que se han perpetrado, los enormes atentados que manchan su civilizacion; y todas esas guerras, toda esa inquietud, todos esos padecimientos que hoy afligen al viejo mundo, se lo debe á los modernos regeneradores, que intentan reemplazar con una pasion villana, los eternos principios religiosos y sociales, que han sido hasta ahora el apoyo de la paz del mundo, y que lo serán tambien en el porvenir.

La historia de las últimas revoluciones de Europa, es una leccion tremenda que nosotros debemos aprovechar; si queremos libertarnos de sufrir las mismas angustias. ¿Qué han hecho allá los socialistas y comunistas? Nada mas que agitar á los pueblos, sembrar odios y promover venganzas; destruir los mas bellos monumentos de la civilizacion, quemar las bibliotecas, y perseguir al saber y á la virtud; todo en nombre de la libertad, todo en nombre de la igualdad, todo en nombre del progreso humanitario.

Si el pueblo mexicano quiere no contagiarse con esas doctrinas, fije los ojos en la historia de que hablamos, y en ella encontrará un hecho que debe llamar la atencion, porque es la sentencia de muerte de los falsos reformadores. Quando se consumó en Francia la revolucion de Febrero, y se proclamó la República, los primeros que subieron al poder, fueron varios de los que habian adulado al pueblo con bellas utopias sobre la organizacion del trabajo, y otros puntos que tanto encareca el moderno socialismo. Los operarios abandonaban sus talleres, y acudian á millares á decir á Luis Blanc: “esta es la hora; pon en práctica tus hermosas teorías.” ¿Y qué hizo el ministro de las grandes concepciones humanitarias? NADA. En su silla ministerial debió conocer que es una locura hacer concebir al pueblo esperanzas que no se fundan en el trabajo constante y en la aplicacion. Se dirá que Luis Blanc no es socialista... ¡Oh! espéremos á que M. Proudhon, el jefe de ellos, suba al poder; y cuando ponga en práctica su programa, reducido á que *no haya religion, ni ley, ni autoridad de ninguna clase*, entonces veremos las maravillas del socialismo. Entonces tendrá la sociedad una cosa, que para nuestro *Monitor Republicano* es la felicidad suprema, y para todos los demas hombres es la última desdicha: tendrá LA ANARQUIA.